

DISENSO
REVISTA DE PENSAMIENTO POLÍTICO

Colectivo Disenso www.disensocolectivo.com
Disenso. Revista de pensamiento político

Filosofía política ■ Pensamiento contemporáneo ■ Diagramas
Publicación cuatrimestral Revista 1 | Año 1 | Volumen 1
Mayo 2020

Publicación autogestionada Comunicaciones
disensocolectivo@gmail.com

Dirección Editorial

Iván Torres Apablaza
Tuillang Yuing-Alfaro
Gustavo Bustos Gajardo

(Aries 1975), ahora más que nunca es tiempo de interrogar esta distancia y aprender nuevamente a morir (Scranton 2015). Esto debería consolarnos: en el fondo, morir no será lo peor, pues todo lo que observamos a nuestro alrededor nos muestra que siempre somos poca cosa en comparación con un virus. A todos y a todas aquellos y aquellas que esperan un «retorno a la normalidad», a todos y a todas quienes esperar dejar de temblar, habría que recordarles que la verdadera pesadilla no es la muerte. La verdadera pesadilla es que Donatien vuelva a llamar.

Bibliografía

Aries, Philippe. 1975. *Essais sur l'histoire de la mort...* Paris : Seuil.

Braudel, Fernand. 1985. *La dynamique du capitalisme*. Paris : Arthaud.

Cantillon, Philippe de. 1755. *Essai sur la nature du commerce en général*. Londres-Paris.

Carolis, Massimo De. 2017. *Il rovescio della libertà. Tramonto del neoliberalismo e disagio della civiltà*. Macerata : Quodlibet.

Coccia, Emanuele. 2020. *Métamorphoses*. Éditions Payot & Rivages.

Felli, Romain. 2016. *La grande adaptation : Climat, capitalisme et catastrophe*. Paris : Seuil.

Harper, Kyle. 2019. *Comment l'empire romain s'est effondré : Le climat, les maladies et la chute de Rome*. Traduit par Philippe Pignarre. La découverte.

Lussault, Michel. 2009. *De la lutte des classes à la lutte des places*. Paris : Grasset.

Pateman, Carole. 2010. *Le Contrat Sexuel*. Paris : La découverte.

Rose, Nikolas, et Peter Miller. 2010. « Political Power Beyond the State : Problematics of Government ». *The British Journal of Sociology* 61 (s1) : 271303. <https://doi.org/10.1111/j.1468-4446.2009.01247.x>.

Scranton, Roy. 2015. *Learning to Die in the Anthropocene : Reflections on the End of a Civilization*. City Lights Publishers.

Slobodian, Quinn. 2018. *Globalists : The End of Empire and the Birth of Neoliberalism*. Cambridge, Massachusetts : Harvard University Press.

Stiegler, Barbara. 2019. « *Il faut s'adapter* » : *Sur un nouvel impératif politique*. Paris : Gallimard.

Strauss, Leo. 1986. *Droit Naturel et Histoire - Traduit de l'anglais Par Monique Nathan et Eric de Dampierre*. Flammarion. Paris : Broché.

* Tras numerosas solicitudes de aclaraciones, insultos, amenazas y otras provocaciones, este texto desarrolla y especifica varios temas de la publicación “Ensayo general para un apocalipsis diferenciado”, publicado inicialmente en el blog italiano Antinomie.it y luego en la plataforma. encuesta militante

(en francés): <http://www.platenqmil.com/blog/2020/03/10/repetition-generale-dune-apocalypse-differenciee>. La versión del texto aquí traducida es la publicada el día 27 de marzo de 2020 en la revista *Sens Public* de la Université de Montréal. Puede descargarse en: <https://n9.cl/bgsjip>

¹ *Asombro*, como condición de la apertura al conocimiento del mundo y la existencia. [Nota de la Edición].

² En la mitología griega, tal y como queda consignado en la *Teogonía* de Hesíodo, Gaia fue el nombre que se la otorgó a la diosa que personificaba a la Madre Tierra o bien a la madre naturaleza. Etimológicamente, es una palabra compuesta de «Ge», que significa «Tierra», y «Aia», que significa «abuela», razón por la que era venerada por su papel de «Madre Naturaleza».

³ Pregunta propiamente *griega*, en el sentido dado a la política por la filosofía clásica [Nota de la Edición]

Contra la pandemia neoliberal, el SARS-Co V-2 y el control social autoadministrado

Gustavo Bustos Gajardo

Luca Paltrinieri
Distanciamiento social



Chile no es Italia, ni Santiago se parece a Roma. Y, sin embargo, a pesar de todas las diferencias existentes entre ambos países, un mismo virus hace de las suyas en sus respectivos territorios. Un virus que causó sus primeros estragos en la República Popular China y que ahora está matando a miles de personas en EE. UU, Italia y España. Un virus que al igual que el capitalismo no sabe de fronteras y que, por ello mismo, también se ha diseminado en territorio francés, alemán e inglés. Correa del Sur, Japón y Cuba, entre muchos otros, tampoco han podido eludirlo, aunque han logrado controlar la pandemia aplicando distintas estrategias. No importa el sello ideológico del país en cuestión, es un hecho indelible que, así como el *malestar en la cultura* es inherente a toda forma de sociedad, la actual pandemia no discrimina a sus víctimas por nacionalidad, clase ni raza. Todos, absolutamente todos, somos sus potenciales objetivos, pero no todos tenemos realmente las mismas oportunidades para protegernos de sus efectos. Como cualquier otro virus el SARS-CoV-2 no sabe nada de la división de clases de la sociedad contemporánea, pues por su naturaleza este es, como ha señalado E. Coccia en su ensayo *Metamorfosis*, «libre, anárquico, casi inmaterial» y, al no pertenecer «a ningún individuo, tiene la capacidad de transformar todos los seres vivos y les permite alcanzar su forma singular». Es más aún, el virus SARS-CoV-2, como cualquier otro virus, requiere alojarse y multiplicarse al interior de las células de organismos como el nuestro y, al hacerlo, debe protegerse de nuestro sistema inmunitario. En la medida en que un cuerpo es infectado por un virus se libera, en su interior, una guerra biológica entre ellos. Para sobrevivir, el agente infeccioso microscópico acelular no sólo requiere ser inoculado en un cuerpo, sino que debe, en tanto material genético independiente, tener la fuerza para secuestrar el metabolismo de la célula en la que se hospeda. En tal sentido, el virus

sobrevive ahí donde un organismo carece de barreras inmunológicas reales para combatirlo. En realidad, no es que el cuerpo no tenga con que defenderse, es sólo que inicialmente su sistema inmunológico carece de la información necesaria para organizar sus defensas contra aquel patógeno que invade sus fronteras. Lo mismo pasa con las políticas sanitarias: un Estado está más o menos preparado para enfrentar una pandemia en función, por una parte, de la información que dispone sobre ella y, por otra, de los recursos económicos, científicos y tecnológicos a su haber para organizar su primera línea de defensa. En definitiva, la estructura y el funcionamiento del sistema inmunológico es básicamente el mismo para individuos e instituciones sociales.

En el instante mismo que un agente patógeno se inocula e infecta un determinado *corpus*, este último tiende a multiplicar contra sí mismo aquello que niega su estabilidad. Ahora bien, hay ocasiones en que este proceso se presenta de forma asintomática, razón por la cual el virus resulta a simple vista inofensivo para quien lo porta en sus entrañas y, por ello mismo, el individuo no toma medidas en su contra. En otras oportunidades, las manifestaciones signícas de una infección se expresan con violencia, llegando en casos extremos a provocar la muerte de un organismo cualquiera. Antes de que esto llegue a ocurrir el organismo requiere ayuda externa para recuperar la firmeza de su voluntad. La muerte es, en consecuencia, el fracaso de una estrategia cuyo éxito jamás está del todo garantizado. Ahora bien, más acá y más allá de las diferencias entre un estado y otro, hay una cuestión que en ambos casos es problemática: se trata del contagio y la propagación descontrolada de una enfermedad. Actualmente el SARS-CoV-2 ha puesto una vez más en evidencia el problema del contagio -como lo hicieron antes la plaga de Atenas durante la guerra del Peloponeso, la peste antonina entre el

año 165 y 180, la peste negra (S.XIV), el VIH a partir de la década del '80, el ébola (1995), etc.-, pero junto a ello la actual pandemia ha desentrañado también el deplorable estado de salud de los sistemas inmunológicos de los Estados capitalistas. Es importante señalar que este no es sólo un problema de cobertura: además del actual déficit de camas críticas a nivel mundial y la inexistencia de una vacuna, la falla se presenta en la incapacidad y negativa ideológica de los Estados de orientar sus sistemas inmunológicos hacia una reorganización comunal de la vida, la economía y nuestra relación con la naturaleza. Desde un punto de vista estrictamente económico, el manejo de la crisis sanitaria, teniendo indefectiblemente como principal objetivo *aplanar la curva de contagios*, ha implicado dismantelar el lazo social para defender el mal llamado libre mercado. Esta es, obviamente, la forma gubernamental de «defender la sociedad» sin por ello tener que proteger el pacto entre conciudadanos.

El gran objetivo de la gubernamentalidad neoliberal es, en consecuencia, apropiarse discursivamente de la pandemia para hacer de ella, como lo ha señalado Naomi Klein, un instrumento de control social. Esto en ningún caso quiere decir que el SARS-CoV-2 no sea una realidad, pues sus efectos sobre *«la vida la muerte»* son materialmente indelibles tal y como lo demuestra la evidencia epidemiológica. El punto de inflexión es otro. Frente a un virus cuya letalidad pasa por su fácil y veloz propagación, se ha planteado, no sin razones, que el modo de aplanar la curva de contagios pasa, en parte, por aislarse socialmente y mantener una distancia física de al menos un metro respecto de otros individuos. Se nos ha repetido majaderamente que para evitar ser contagiados es preferible quedarse en casa, evitar los apretones de manos, renunciar al tradicional saludo de besos e, incluso, hay quienes evitan hasta el más mínimo contacto visual. Junto a estas medidas disciplinarias también se ha fomentado el lavado constante de manos, la higienización obsesiva de los espacios que habitamos y,

como una disposición preventiva más, la implementación del teletrabajo (disposición que beneficia, es preciso señalarlo, tan sólo a un porcentaje reducido de la clase trabajadora, liberando asimismo a los empresarios de cubrir la protección social al flexibilizar las fuentes de trabajo y al abandonar a su suerte al obrero más precarizado). Ahora bien, más allá de que estas y otras acciones sí son importantes para controlar la pandemia, no hay que dejar de observar que, tal y como han sido pensadas y promovidas discursivamente, estas medidas sirven también para inocular en la población lógicas de autoadministración del control social.

El uso gubernamental del coronavirus en Chile, a diferencia de lo que se podría suponer, no ha implicado como estrategia la vigilancia, el control y la dominación de la población mediante mecanismos de coerción estatales. Esos mecanismos han quedado reservados para controlar el impulso insurreccional de las masas y borrar las huellas del estallido social. Sin embargo, en el ámbito de la salud pública, las recomendaciones gubernamentales se han traducido en un llamado permanente a la profilaxis individual: cada individuo debe administrar por sí mismo, y en función de su condición socioeconómica, los riesgos que implican salir a trabajar en un contexto marcado por el SARS-CoV-2. La intención neoliberal ha consistido en ocultar ideológicamente la potencia interna de lo colectivo para enfrentar la crisis sanitaria, educacional y previsional que azotan, desde mucho antes, a nuestro país. En este caso, esta potencia de lo colectivo no consiste en promover el contacto físico entre individuos, sino el contacto social que implica un sistema solidario de salud público y previsión social, por ejemplo. Sin embargo, la negativa gubernamental de fortalecer la salud pública, democratizar el saber, promover un sistema de previsión social integrado y solidario son defendidos, en la actual gestión de la crisis sanitaria, a través de la promoción de prácticas individualizantes que consolidan el ideario que hace de la vida, por una parte,

una mercancía transable en el mercado y, por otra, un ideal teórico-jurídico desprovisto de todo contenido político. La vida deja de ser una sustancia real e integrada en un contrato social para convertirse, en suma, en un objeto sobre el que priman reglas económicas de austeridad. De hecho, el paquete de medidas económicas anunciadas el día 19 de marzo de 2020 por el gobierno de Chile para enfrentar el COVID-19 se destaca por *individualizar las ganancias y socializar las pérdidas*. Investigadores del Observatorio de Políticas Económicas (OPES) han precisado, a este respecto, que sólo un 35% de la propuesta gubernamental implica un gasto real, mientras el grueso de esta consiste en créditos del Banco Central a una tasa anual del 0,5% para las grandes empresas, en tanto estas, a través de la banca privada, ofrecen créditos de consumo para paliar los efectos de la crisis sanitaria a una tasa superior al 20% anual. Además, cabe considerar que el plan económico del gobierno apoya

básicamente a las empresas, pero no a los trabajadores ni a los consumidores, pues a la fecha no se han promulgados decretos de ley que congelen el precio de mercancías de primera necesidad, ni la suspensión transitoria del pago de créditos hipotecarios y de las cuentas de insumos básicos, como si ha ocurrido en otros países capitalistas, pero que mantienen todavía políticas propias de un Estado de Bienestar.

En su sacro alianza con el mercado, la austeridad de los gobiernos neoliberales se traduce en el fortalecimiento de un Estado de derecho que funciona, promueve y reduce el carácter nomocrático de la política a una interpretación económica desafectada: el marco general de las reglas, ya sean estas mercantiles o jurídicas, facilitan en esta dirección tan sólo la búsqueda y el logro de fines privados, obviando y desechando con ello la realización de metas y propósitos comunes. La disolución del mandato

Frank Horvat, *Subway at rush-hour, New York*



social de las instituciones políticas de la sociedad es garantizado, como ocurre excepcionalmente en el caso chileno, por un «régimen constitucional». En consecuencia, el Estado de Chile responde con sus leyes a un ordenamiento político-económico favorable a fines privados, privilegiando así la internacionalización de la economía, las libertades empresariales del individuo y la libertad de comercio por sobre los problemas sociopolíticos que agrietan, lenta pero profundamente, el contrato social vigente. En suma, la prioridad de los términos técnico-económicos y la despolitización de las leyes dan forma a un régimen constitucional administrado tecnocráticamente. Bajo estas circunstancias, la ley deja de ser un medio tradicional para alcanzar bienes colectivos y pasa a ser, como lo ha señalado Raymond Plant en su libro *The neo-liberal state*, un «conjunto de normas que constituyen relaciones civiles entre individuos que tienen diferentes puntos de vista sobre sus deseos, metas, necesidades y propósitos». La vía chilena al neoliberalismo ha implicado sistemáticamente fortalecer este conjunto de normas. De ahí que cualquier inadecuación política entre las demandas colectivas y el mercado desemboque siempre en un conjunto de respuestas violentas amparadas y ejecutadas mediante el «imperio de la ley». Es por esta razón que en un régimen gubernamental neoliberal nada, ni nadie, debe poder interrumpir el imperativo categórico enarbolado por la «dictadura del capital financiero». Este imperativo, operado por una supuesta «mano invisible» y garantizado por la fuerza económica de la ley, puede resumirse del siguiente modo: el deber de todo ciudadano es convertirse en un empresario de su propia seguridad social mientras no deje de consumirse en la deuda que acrecienta la tasa de ganancia o la rentabilidad del capital.

El control social autoadministrado es, a grandes rasgos, un mecanismo racional por medio del cual el neoliberalismo intenta frenar, en el individuo y en las instituciones, la recuperación y construcción contemporánea de un sistema inmunológico con perspectiva

de clase. El SARS-CoV-2, en tal sentido, puede llegar a constituirse en una enfermedad autoinmune del capitalismo, siempre y cuando el individuo deje de reproducir en sus conexiones colectivas aquellas barreras que lo separan de lo colectivo. Desde una perspectiva a primera vista paradójica es necesario, para defendernos del virus que nos asedia, dejarnos *contaminar* por un deseo colectivo de protección: en el fondo, el sentido real de una cuarentena no es nunca una acción individual para protegerse de una enfermedad, sino que es un ejercicio colectivo para proteger las individualidades con las que se articula y produce una sociedad. Contra la pandemia neoliberal, el SARS-CoV-2 y la autoadministración del control social hace falta transformar, por amor al otro, nuestros afectos en potencia insurreccional. Ahora bien, para que esta mutación de los afectos populares se convierta en el *germen* de una potencia insurreccional se precisa dejar caer el sistema de hábitos que inculca la obediencia. En tal sentido, para que la interrupción de los hábitos de obediencia y la formación del carácter insurreccional se vuelva efectiva, además de arrojar por la borda los prejuicios de antaño, es necesario una reconfiguración política de aquellas percepciones sensoriales que sirven de instrumento del pensamiento. Es preciso, en consecuencia, provocar, tanto en la teoría como en la práctica, un conjunto de bifurcaciones hacia un nuevo contrato político cuyo sistema inmunológico nos permita descifrar modos radicales de curvar, una y otra vez, las trayectorias sociales de nuestra existencia.

Gustavo Bustos G.

Contra la pandemia neoliberal, el SARS-CoV-2 y el control social autoadministrado